

## 076. La Medalla Milagrosa

Entre las apariciones más famosas de la Virgen, y aprobadas por la Iglesia, destaca por su importancia la llamada de La Medalla Milagrosa, que tuvo una resonancia tan grande en aquellos tiempos tan críticos para la Iglesia del siglo diecinueve, por el Racionalismo que sembraba de incredulidad el mundo.

Era el 19 de Julio de 1830. En el noviciado de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en París, una jovencita encantadora, inocente, humilde, piadosa, a las once y media de la noche oye una voz que la despierta: *¡Catalina, ven!*

Era un niño precioso el que le hablaba, su Ángel Custodio. Catalina se levanta de la cama y acude al niño, que le repite: *¡Ven, no tengas miedo!...*

Ella se viste, se acerca al pequeño, que la toma de la mano y la conduce a la capilla. Se habían encendido por sí solas todas las lámparas de aceite. Catalina se arrodilla, y siente el rumor de los pliegues de un vestido de seda. Una Señora bellísima, que avanza, y se sienta en el sillón del presbiterio.

- *¡Mira, es la Virgen! ¡Acércate!...*

Catalina se decide, se arrodilla, y apoya las manos en las rodillas de la Señora, que le dice:

- *Hija mía, Dios te quiere encomendar una misión. Se van a abatir muchos males sobre Francia y sobre todo el mundo. Pero vosotros, venid al pie de este altar. Aquí se derramarán las gracias sobre todos los que vengan a rezar con confianza y devoción. Yo volveré.*

Catalina se había entretenido por más de dos horas en hablar con la Virgen, hasta que el ángel la llama de nuevo: *¡Vamos!*

La acompaña al dormitorio, y Catalina comentará ingenuamente: *Ya no pude pegar el ojo.*

Pasaron cuatro meses, y llegó el 27 de Noviembre, el día de la gran aparición. Eran las cinco de la tarde, y en la misma capilla, acabada su oración, ve Catalina entrar por delante a la misma Señora, a la que describe detalladamente:

“Estaba en pie, con un vestido de seda blanco como la aurora, y apoyados sus pies sobre una esfera de la que yo veía sólo la mitad. En sus manos, levantadas a la altura del pecho, tenía un globo. Los ojos los levantaba al cielo, y su rostro era de una belleza tal que no la puedo describir.

“De repente, noté entre sus dedos anillos adornados de piedras preciosas, que emitían rayos de luz muy bellos, de diversa intensidad unos de otros. Mientras yo la contemplaba, la Virgen bajó hacia mí su mirada, y me dijo: ‘Este globo que tú ves representa al mundo y a cada persona en particular’.

“No puedo expresar la belleza y el resplandor de aquellos rayos que salían de sus dedos, pero Ella me dijo: ‘Estos rayos son el símbolo de las gracias que derramo sobre las personas que me las piden’.

“Yo no sé dónde estaba en aquel momento. Pero vi formarse como un marco ovalado en torno a la Señora, y alrededor acuñadas con letras de oro estas palabras: ‘Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti’.

“Entonces me mandó: ‘Haz acuñar una medalla con este modelo. Las personas que la lleven, recibirán grandes gracias. Las gracias serán muy abundantes para los que tengan confianza’.

“El modelo de la medalla dio entonces media vuelta, y apareció el reverso: una M sobrepuesta en la cruz, y debajo dos corazones, el uno con la corona de espinas y el otro traspasado por la espada. Y me pareció escuchar una voz que me decía: ‘La M y los dos corazones dicen bastante’.

“María..., Jesús. Dos sufrimientos unidos para nuestra Redención”.

Acabó la aparición. Nadie supo nada de momento, pero Catalina hizo acuñar la medalla cuyo diseño le había mostrado la Virgen, aunque con grandes dificultades, porque el Arzobispo de París no la autorizó hasta dos años después.

Una vez salió al público aquella medalla, empezaron a prodigarse las gracias del Cielo. Tantas gracias concedía, que se la empezó a llamar LA MEDALLA MILAGROSA. Parece increíble, pero sólo en Francia se acuñaron en diez años más de cien millones de ejemplares.

¿Y Catalina entre tanto? Nadie supo nada de ella, y nadie conocía la aparición. Sólo la Medalla estaba regada por todo el mundo.

Catalina, sencilla religiosa, Hermana de la Caridad, pasó cuarenta y seis años hasta su muerte desempeñando los oficios más humildes en el servicio de los ancianos y enfermos.

Solamente los Superiores mayores estaban en el secreto de la Medalla y tenían el relato de la aparición, que no se conoció hasta después de la muerte de la vidente, hoy venerada como Santa Catalina Labouré.

Veinticuatro años después de esta aparición a Catalina en París, el Beato Papa Pío IX definía el dogma de la Inmaculada Concepción.

A este hecho, seguiría la confirmación del Cielo con la grandiosa aparición de Lourdes cuatro años después, en la que dirá la Virgen a la vidente Bernardita Soubirous: *¡Yo soy la Inmaculada Concepción!*

El mensaje de la Medalla Milagrosa es perenne, y no pasa de moda. Esa Medalla la llevamos innumerables católicos colgada al cuello, como señal y garantía de nuestra entrega a la Virgen y de su protección sobre nosotros.

El anagrama de María sobre la cruz, y los dos Sagrados Corazones, son un resumen fabuloso del misterio de la Salvación obrada por Jesucristo, y al que estuvo asociada indisolublemente la Virgen.

No nos cansa la oración jaculatoria impresa, y la seguimos repitiendo con devoción siempre nueva: “*Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros, que recurrimos a ti*”.